

EL NATURALISMO DE JAVIER DE VIANA

Ha transcurrido ya un cuarto de siglo desde la muerte de Javier de Viana. Y a esta distancia temporal de su desaparición, es posible analizar su obra literaria de una manera serena y desapasionada, cosa que no pudieron hacer, naturalmente, los contemporáneos del autor de «Campo». Porque como todos los hombres que viven de dentro a fuera, exteriorizando de una u otra forma sus ideas, sus convicciones, su modo de ver e interpretar el mundo donde actúan, Viana tuvo a su paso por la tierra partidarios y adversarios, apolo-gistas fervientes y enconados detractores. Y unos y otros pusieron en la balanza, al juzgarlo, ese factor obnubilante —cuando no por entero cegador— de la parcialidad. Y así, deliberadamente algunas veces, sin proponérselo otras, los críticos de entonces viciaron de pasión sus juicios acerca de la personalidad literaria del popular cuentista —casi siempre por razones de índole política—, desviándose del estudio meditado, objetivo y ecuánime, para caer en la hiperbólica loa o en la diatriba rencorosa y agria.

No hay que olvidar, por otra parte, que a Javier de Viana le tocó vivir sus años juveniles en una época tumultuosa y convulsa, y que como buen oriental intervino activamente en las luchas partidarias del país, afiliándose a uno de los dos bandos tradicionales y hasta combatiendo en algunas de las guerras civiles de aquel tiempo, de las que extrajo tema para muchos de sus cuentos y también para un volumen de crónicas —«Con divisa blanca»— que, aunque por motivos extraliterarios, alcanzó en su momento una enorme popularidad.

Figura destacada dentro del periodismo de fines del siglo XIX y principios del XX, puso resueltamente su pluma al servicio de la causa que defendía, siendo éste el más vibrante y encendido aspecto de su militancia.

La densa y acre atmósfera de la enconada batalla periodística, donde los contendores no se andaban por las ramas en lo tocante a lenguaje, agotando con frecuencia toda la gama del denuesto y la sátira —cuando no del insulto—, si bien le acarreó muchos riesgos e incluso algún vejamen incalificable, sirvióle de magnífico ejercicio para templar su pluma de escritor realista, que ya entonces comenzaba a ensayar incursiones hacia las más bajas capas de la sociedad campesina, cuyo abandono y miseria supo fijar en cuadros de potente verismo, aunque acentuando quizás en demasía los trazos crueles y las tintas amargas.

Su aparición en las letras nacionales produjo gran revuelo y

concitó de inmediato el interés del público y la crítica. Ello se justifica plenamente dados los positivos valores de su libro primigenio y las innovaciones que aportó dicha obra a nuestra narrativa. Porque «Campo», publicado en 1896, cuando su autor contaba solamente veintiocho años de edad, traía palpitando entre sus páginas el primer jirón auténtico que la literatura había logrado arrancar de la vida campesina en esa etapa sombría de su desarrollo.

Y conste que esta observación no va en desmedro de las grandes novelas históricas de Eduardo Acevedo Díaz, cronológicamente anteriores a «Campo», ni entraña tampoco olvido de sus valores artísticos, todavía no igualados.

Pero Acevedo Díaz nos describe una época anterior del campo, la de las gestas emancipatorias, y por lo mismo sus personajes gauchoescos son los representantes de una fuerza vital en plenitud, asistida de una voluntad heroica y de un seguro instinto en su marcha hacia la conquista de la libertad. Todo, hasta las pasiones más primarias y oscuras, aparece ennoblecido y dignificado allí por la luz de la epopeya, por la arrebatadora grandeza del alumbramiento nacional, cargado de futuro, lleno de un sentido superior que levanta a los hombres por encima de sus límites humanos. En cambio en Javier de Viana tenemos al narrador de una etapa bien distinta por cierto, y en la cual el gaucho, acorralado ya por las circunstancias adversas, que han ido concatenándose fatalmente para derrotarlo, se muestra disminuido y pesimista, carente de aquella aureola legendaria que daba a su estampa sugestivos perfiles, reducido al estrecho y miserable círculo de sus vicios, sus borrosos deseos y la promiscuidad de su insalubre rancho.

«Campo» fué el primer libro donde se reflejó de un modo franco y rudo, sin atenuantes de ninguna clase, la declinación del gaucho. Con ese libro se incorporó el naturalismo a nuestra narrativa, buscando rescatarla de la desteñida sobrevivencia romántica en que se consumía, incapaz de producir un solo fruto válido.

Aparte de los méritos documentales que indudablemente posee, como pintura de época y de ambiente, tiene esta obra valores literarios que la consagran como la más importante dentro de su género, que produjo la literatura uruguaya en el siglo XIX. Y dióse con ella el caso, muy significativo por cierto, de que su propio autor nunca logró superarla, ni repetir siquiera el nivel de calidad allí alcanzado —como no fuera de una manera esporádica y parcial— a lo largo de treinta años de labor incesante, jalonados por una bibliografía copiosa.

Utilizando con destreza innegable la manera zoliana —minuciosidad objetiva en la pintura de ambiente, crudo detallismo en el análisis de pasiones y vicios, regodeo y morosidad casi morbosas en la exploración de las debilidades, miserias y flaquezas íntimas de

sus personajes—, Viana nos dió en esa su obra inicial una visión desnuda y lacerante de la campaña uruguaya.

Conocedor profundo de aquel medio agreste donde pasó buena parte de su vida —ora dedicado a los trabajos pecuarios de la estancia, ora ejerciendo el periodismo en pueblos y ciudades del interior del país, cuyos aledaños se mezclaban y confundían con el campo mismo—, sus agudas facultades de observador permitiéronle captar y asimilar los rasgos constitutivos de la genuina idiosincracia criolla. Tuvo ocasión de ver y de tratar de cerca a los pocos ejemplares auténticos de gaucho que aun sobrevivían por entonces, especialmente en algunas de las más apartadas regiones del Departamento de Treinta y Tres; se familiarizó con la vida y las costumbres de aquellos seres díscolos, retraídos y huraños, en cuyo espíritu primitivo coexistía una curiosa mezcla de fatalismo y rebelión ante el empuje incontenible de los nuevos tiempos, que ya empezaban a desplazarlos por reacios, por inadaptados, de la que había sido antaño su órbita natural; los vió fluctuar indefensos, recelosos y desconcertados, entre el aluvión de circunstancias hostiles que arroja-
ba contra ellos el progreso, a cuya marcha estorbaban sin quererlo y sin saberlo, constituyéndose así en la rémora perturbadora, en el obstáculo que era preciso abatir o echar a un lado del camino, sin ninguna clase de consideraciones.

Acevedo Díaz había mostrado al gaucho en su apogeo, construyendo heroicamente la patria con su lanza, su coraje y su sangre. Javier de Viana nos mostró en cambio la etapa oscura y triste de su declinación. Para poder hacerlo se aproximó sin asco a los galpones hediondos, a los ranchos destartalados y sucios, a los arrabales pueblerinos donde campeaban a sus anchas el vicio y la depravación. De ahí la fuerza de sus cuadros de ambiente, a la que contribuyó también en alto grado su admirable dominio del lenguaje criollo, que había llegado a conocer como pocos escritores. Tanto, que pudo utilizarlo en sus narraciones costumbristas de una manera espontánea y natural, sin recurrir a artificios de ninguna especie, lo cual confirió a sus diálogos una extraordinaria fidelidad y una enorme riqueza de sabor y colorido. Cuando hablan los personajes de Viana nos parece estar oyendo la lengua viva del campo, en boca de paisanos de carne y hueso, y no a través de los esfuerzos de un hombre culto que busca reproducirla. Toda la gama de matices, de sugerencias, de intenciones más o menos embozadas; todo el graficismo de los símiles y la profusa figuración en una habla esencialmente metafórica; todo ese antifibológico trasfondo de malicia y de ironía —festivo en apariencia, pero que en última instancia deja siempre traslucir una raíz amarga—; todo ese cúmulo de ligazones o supresiones de letras, que si bien resulta gramaticalmente arbitrario obedece a un intuitivo y eficaz sentido de armonía fonética —el

lenguaje criollo se ajusta de una manera natural a los imperativos armoniosos del ritmo y la cadencia—; todas esas cualidades específicas, repetimos, del léxico oral del gaucho, que todavía perduran en algunos rincones de la campaña nuestra, y que se manifiestan preferentemente en su jugoso refranero, aparecen reflejadas con insuperable nitidez en las páginas de Viana.

Para ilustrar esta aseveración ofrece «Campo» innumerables ejemplos. En «Los amores de Bentos Sagra» hemos encontrado, al azar, uno que nos parece bien representativo. Al narrar, entre trago y trago de caña, con cínico desparpajo, una venganza por celos que motivaran sus propias aventuras extraconyugales, dice el protagonista:

«El negro «Caracú» era como bicho pa rumbiar, y así fué que tomó la dirección del rancho de la rubia Nemensia, y al trote y al tranco fué a dar allá, derechito nomás. Un par de cuadras antes de llegar, en un bajito, se apió y manió al caballo. Allí picó tabaco, sacó fuego en el yesquero, ensendió el sigarro y se puso a pitar, tan tranquilo como si en seguida juese a dentrar a un baile o a pedir la maginaria pa pialar de volcao en la puerta de una manguera. ¡Tenía el alma atravesada aquel pícaro! Luego dispués, al rato de estar pitando en cuclillas, apagó el pucho, lo puso atrás de la oreja, desprendió el maniador del pescueso del caballo, sacó el que llevaba abajo de los cojinillos y se fué caminando a pie, dispasito, hasta los ranchos. En las casas no había más perros que un cachorro barsino que el mismo negro se lo había regalao; así fué que cuando éste se asercó, el perro no hiso más que ladrar un poquito y en seguida se sosegó, reconociendo a su amo antiguo. «Caracú» buscó al tanteo la puerta del rancho, la sola puerta que tenía y que miraba pal patio. Cuando la encontró se puso a escuchar. No salía ningún ruido de adentro. La gente pobre se acuesta temprano, y Nemensia seguro que roncaba a aquellas horas. Dispués, con un maniador, ató bien fuerte, pero bien fuerte, la puerta contra el horcón, de modo que nadie la pudiera abrir de adentro. Yo no sé cómo la ató, pero él mismo cuenta que estaba como pa aguantar la pechada de un novillo. En seguida rodió el rancho, se fué a una ventanita que había del otro lao, y le hiso la misma operación. Mientras tanto, adentro, la pobre rubia y sus tres cachorros dormían a pierna suelta, en la confianza de que a rancho'e pobre no se allegan matreros. ¡Y Nemensia que era dormilona como lagarto, y de un sueño más pesao que el fierro!... Dispués de toda esta operación, el desalmaa del moreno le prendió fuego al rancho por los cuatro costaos. En seguida que vió que todo estaba prendido, y que con la ayuda del fuerte viento que soplaba aquello iba a ser como quemasón de campo en verano, sacó el pucho de atrás de la oreja, lo ensendió en un pedaso de paja y se marchó dispasito pal bajo, donde había dejao

su caballo. ¡Qué fiera, amigo, qué fiera! En fin, hay hombres pa todo. Vamos a tomar un trago...».

Es en verdad asombrosa la semejanza de esta narración con los relatos orales del paisano oriental, que aun hoy es posible escuchar en las ruedas fogoneras del amanecer o de la tardecita, cuando el vínculo cordial del mate amargo une a los hombres alrededor de las brasas chispeadoras. La misma naturalidad, el mismo graficismo, idéntica precisión en los detalles, dentro de cuya urdimbre armoniosa se va desarrollando gradualmente el tema principal, sin que jamás se altere el equilibrio de los distintos elementos que integran el conjunto: clima, escenario y acontecimiento. Y además un infalible sentido de las proporciones, que va adecuando entre sí los hilos con que ha de hacerse la trama del relato, y dosificando sabiamente el curso de éste con oportunas disgresiones, o sugerencias rápidas, o concisos brochazos, según se necesite, a fin de que en ningún instante decrezca el interés del auditorio.

Bastaría esta sola página para acreditar la capacidad narrativa de Javier de Viana, sus múltiples aciertos en el planteamiento y en la descripción de los hechos que relata. Pero no es menos admirable la destreza que revela en el retrato humano. Veamos cómo nos describe la presencia física del propio Bentos Sagrera:

«Sagrera era más bien bajo, grueso, casi cuadrado, con jamones de cerdo, cuello de toro, brazos cortos, gordos y duros como troncos de coronilla; las manos anchas y velludas, los pies como dos planchas o dos grandes troncos de madera. La cabeza pequeña poblada de abundante cabello negro, con algunas, muy pocas canas; la frente baja y deprimida; los ojos grandes, muy separados uno de otro, dándole un aspecto de bestia; la nariz larga en forma de pico de águila; la boca grande, con el labio inferior, pulposo y sensual, apareciendo por entre el montón de barba enmarañada».

Difícilmente podrá superarse la fuerza de este retrato, que no es sólo exterior sino también interno, porque ya de inmediato nos damos cuenta de la clase de alma que puede alentar dentro de esa figura de innoble aspecto, de grosero y chocante materialismo, que rezuma sensualidad e instinto ciego por dondequiera que la contemplamos.

También es otro ejemplo notable en tal sentido el Pancho Carranza que nos presenta Viana en «Pájaro-Bobo», uno de los relatos de más vigor realista y de mayor interés documental que ofrece «Campo»:

«Era Carranza un hombre de cuarenta años, alto, escuálido, de fisonomía repelente. El pelo rubio tirando a rojo, lacio y apelmazado, bastante largo, cubría la parte posterior del cuello del saco —negro en un tiempo, color ratón al presente,— al cual había trasmitido el aceite de almendras rancio y la grasa de patas, dibujando una

mancha inmensa y repugnante, aumentada y hecha más visible con el polvo, que se unió y formó una costra resistente al enjabe más poderoso. El rostro enjuto, salpicado de pecas, estaba casi en su totalidad oculto por una barba roja, larga, rígida y sucia, confundiendo sus hebras con las del bigote desperejo y crecido sin cuidado alguno. De entre ese bosque de pelos que no dejaba ver la boca, salía una nariz fina y aguileña, terminada en punta aguda, y en cuya base dos ojos diminutos, medio ocultos por el matorral de las cejas, lanzaban una mirada recelosa, hipócrita y torva».

Resulta fácilmente perceptible aquí, como en el caso anterior, la entera correspondencia de la imagen física con la imagen moral del personaje, tal cual después lo corroborarán los hechos de éste a lo largo del relato. La haraganería, el cinismo, el vicio, la carencia absoluta de escrúpulos y de sensibilidad, están implícitos en los rasgos repulsivos y en la propia vestimenta de ese Pancho Carranza encanallado, fullero y rufián, que con tan certeros y precisos trazos nos pinta el narrador. Por eso a nadie sorprenderá, después de todo lo que sugiere semejante retrato, el cúmulo de vilezas y de acciones innobles que va dejando tras sí el protagonista a cada paso que da.

Javier de Viana fué un verdadero escritor naturalista por cuanto supo mantenerse fiel a los dos preceptos básicos de aquella escuela literaria: verismo y objetividad. Y pudo serlo sin mayor esfuerzo porque poseyendo singulares aptitudes de observador, aguda penetración e indiscutible capacidad narrativa, careció a la vez de la pasión y del sentimentalismo que perjudicaron a muchos otros narradores de la misma tendencia, impidiéndoles alcanzar una visión serena e imparcial de los hechos y de la sociedad que pretendían reflejar en sus obras.

Se ha dicho con frecuencia que Viana exageró los defectos y los vicios del gaucho, complaciéndose en acentuar las aristas negativas de su idiosincrasia. Y aunque es preciso reconocer que muchas veces ostentan sus relatos una excesiva cargazón de tintas en el sentido expuesto —lo cual parecería justificar el reproche—, creemos que ello se debe a su celosa preocupación por ofrecernos la verdad total del ambiente que describe— cosa por demás explicable en un escritor realista—, y no al propósito deliberado de empequeñecer ante nuestros ojos la figura del gaucho, al cual evidentemente no amó ni despreció, limitándose a ser un espectador atento y un narrador veraz de su declinación, su abandono y su miseria.

No hay el menor asomo de ternura ni de piedad en los relatos de Viana. Tampoco se advierte en ellos ni el más mínimo intento de suavizar un rasgo innoble, de atenuar la fealdad de un acto ruin, de eludir un detalle tan siquiera de la abyección o el envilecimiento en que suelen caer sus personajes. El narrador se ciñe a la verdad estricta de lo que ven sus ojos, aunque esa verdad repugne, aun-

que subleve, aunque duela. Jamás toma posición personal ante la suerte de las disminuídas criaturas que pueblan sus rudas páginas. Ni las detesta ni las compadece. Para él no cuenta el abandono moral y físico en que viven los últimos ejemplares del gaucho, de aquel otrora gallardo señor de las llanuras, con cuya sangre generosa se amasó la libertad de esta tierra en que ahora sobra, en que ahora se le repele como a un residuo inútil. Lo ha presenciado y lo recoge en sus libros porque es un hecho cierto, nada más. Y tampoco le interesan las causas determinantes de ese injusto abandono, ni sus posibles remedios. Y mucho menos se preocupa por encubrir con velos de ilusión, de amor o de piedad, ese panorama deprimente y sombrío. Su misión es simplemente de retina o de placa fotográfica: captar y reproducir la imagen real de las cosas. Si ellas son feas y tristes, tanto peor. Porque ante todo y sobre todo está la rigurosa fidelidad a los hechos, lo único que jamás y por ningún concepto se debe adulterar.

Así entendía Javier de Viana sus deberes de escritor. Así lo había hecho también Zola al describir la vida de los mineros y de los campesinos franceses. Era lo que correspondía a los narradores de ese tiempo y de esa escuela: mostrar individuos y colectividades sociales desde afuera, sin intervenir para nada en el suceso historiado, sin pasión y sin lástima, sin odio y sin amor, con implacable y rígida objetividad. Lo demás era misión de gobernantes, de sociólogos, acaso de poetas. Ellos —los naturalistas— se debían íntegramente a la tarea de reflejarlo todo tal cual era, sin detenerse en la busca ni en el análisis de causas ni de efectos.

Por eso no escatimó Javier de Viana las tintas fuertes al pintarnos ese ambiente de desaseo y pereza, de promiscuidad y decadencia en que se desarrolla su relato «En Familia», ni eludió la sordidez y la crápula, el rufianismo y la truhanería que caracterizan a su «Pájaro-Bobo».

De esa rigurosidad despiadada con que exhibió las lacras de sus personajes en diversos cuentos, surgió seguramente el reproche a que antes aludiéramos, reproche que pesó sobre él en vida y que aun sigue pesando sobre su memoria.

«Campo» y «Gurí», sobre todo el primero de esos libros, parecen justificarlo en muchas de sus páginas. Pero a poco que se les analice sin prevención ni encono, se advertirá fácilmente que ambas obras sólo aspiran a ser veraces testimonios de la decadencia gauchesca; y que si en sus relatos vemos desfilar de continuo hombres encanallados o vencidos, que consumen entre privaciones y vicios los últimos restos de su antigua gallardía —alzada a ocasiones de entre los propios escombros para tentar un nuevo gesto de heroísmo, nobleza o altivez,— ello se debe únicamente a ese severo propósito documental que el autor consideraba ineludible y primordial deber.

Porque la verdad es que el gaucho marchaba sin remedio hacia su ocaso cuando Javier de Viana tomó contacto con él. Habían pasado hacía ya mucho tiempo las jornadas heroicas de la emancipación nacional, de aquella gesta admirable que diera sentido a su vida y grandeza legendaria a su épica figura. Y aun las guerras civiles, donde se habían canalizado después sus naturales impulsos combativos, empezaban por entonces a disminuir también. La fisonomía del campo transformábase con creciente rapidez. Hasta el caudillo, vivo centro magnético en torno al cual se nuclearan para combatir aquellos hombres bravíos, cifrando allí sus instintivas ansias de libertad y su viril propensión a la lucha y al peligro, había perdido ya su antigua significación, aquella aureola romántica que afianzaba su prestigio y lo elevaba a alturas sobrehumanas. Porque no era lo mismo conducir multitudes a las urnas comiciales que galopar al frente de un escuadrón de hombres sin miedo, cimbrante la vieja lanza de tacuara o de urunday, en busca de la embriagadora y siempre nueva atracción del entrevero heroico. Y el gaucho, que en la guerra había jugado rol fundamental por su valor indómito, su ejemplar estoicismo y su destreza, se encontraba perdido y olvidado dentro de la etapa de paz, laboriosa y constructiva, por donde encauzaba sus destinos el país.

Ignorante y huraño, reacio a toda forma imperativa de orden o de disciplina, acostumbrado a vivir —como los pájaros— en una libre y andariega despreocupación, no consiguió adaptarse a las normas de la vida y de trabajo que exigía la nueva época. Para él resultaba inexplicable e injusto el desmoronamiento de todo aquello que hasta entonces había sido su mundo natural. No podía comprender ni aceptar que se alambraran los campos, que se encarcelara a quien carneaba una res ajena para saciar su hambre, que el trabajo se convirtiera en una necesidad, en un medio de subsistencia, en una obligación remunerada.

Y al verse acorralado y hostigado en todas partes, sintiéndose un estorbo y una rémora dentro de aquella sociedad enemiga, que lo repelía sin haber intentado asimilarlo, derivó por caminos tortuosos que lo pusieron al margen de la ley —cuatrerismo, vagancia, contrabando— o lo fueron hundiendo en la inercia de un fatalismo pasivo y enfermizo, o lo convirtieron en una escoria inútil, en trisísima hez humana destinada a alimentar prostíbulos, boliches y cuarteles.

Tal fué el proceso doloroso de la descomposición moral del gaucho, que hizo crisis en las postrimerías del siglo XIX.

Así, vencido y desorientado, lo vió Javier de Viana. Y así nos lo retrató en páginas que, por encima de sus propios valores literarios —no siempre invulnerables—, poseen una indiscutible importancia sociológica, desde que en ellas ha quedado grabada, con ri-

guroso verismo, la dura y contradictoria fisonomía de nuestra campaña en aquella ya lejana etapa de su evolución.

Tal vez el mérito más grande de Javier de Viana radique precisamente en esa valentía y ese austero rigor con que expresó, sin buscarle falaces atenuantes, la lamentable declinación del gaucho. Fácil le hubiera sido a él también, como a los escritores que le precedieron en las letras vernáculas, sustituir con azucarados tonos de acuarela la rudeza sombría de sus aguafuertes. Y en lugar de esos hombres abúlicos y sucios y de esas gruñonas y desgredadas mujeres que habitan sus negros ranchos, echar a andar sobre piafantes fletes, por idílicos campos siempre floridos y alegres, chinas y gauchos de romántica estampa, dicharacheros, risueños y optimistas. Pero prefirió ceñirse a la realidad punzante y áspera que se alzaba en todas partes, hiriendo a cada paso sus retinas con brutales escenas de miseria y de abyección. Y en eso superó a los demás narradores uruguayos de su tiempo, que sólo supieron ver aspectos parciales de esa realidad, y que por otra parte no resistieron a la tentación de embellecerla con galas estilísticas, a las que no se avenía ciertamente su natural crudeza.

Javier de Viana vió el campo desde adentro, en una proximidad que le permitió respirar el humo acre de las cocinas, la insalubre fetidez de los galpones y el olor a pobreza de los ranchos donde se hacinaban, en la más absoluta promiscuidad, los hombres y las bestias.

Su participación en las guerras civiles, a la cual hemos aludido ya, ayudóle a ahondar ese conocimiento directo que adquiriera del gaucho, y a examinar mejor los estragos de la decadencia que lo iba consumiendo, pero que sin embargo no conseguía doblegar su inigualable coraje, la única de sus cualidades típicas que aun sobrevivía en aquel ser de tan entera masculinidad.

Al igual que Florencio Sánchez en la revolución de 1897, Javier de Viana se mezcló a la soldadesca criolla en 1904, compartiendo con ella el mate amargo y el asado de los campamentos, participando de sus vicisitudes y de sus penurias físicas, de sus entusiasmos y de sus desalientos, de la exultante alegría de sus triunfos y del callado dolor de sus derrotas.

Pero uno y otro autor obtuvieron de esa experiencia similar distinto fruto. Florencio Sánchez, que amaba al hombre por sobre todas las cosas —y en modo muy especial al hombre de abajo, al olvidado—, se sublevó al ver al gaucho andrajoso y miserable convertido en carne de cañón, combatiendo y muriendo con su denuedo habitual, pero sin saber concretamente las razones de ese nuevo sacrificio. Y en cambio Viana sólo vió el cuadro general de la guerra, que luego habría de reproducir con tan vívido realismo en muchos de sus mejores cuentos —«Entre púrpuras», «Por la causa», «La última campaña», etc.—, y dentro del cual el hombre no era

sino uno de los tantos elementos que lo constituían, como el caballo, el máuser o la lanza.

Tal vez el mérito mayor de Viana consista, repetimos, en haber sabido reflejar en su obra la auténtica realidad campesina de hace medio siglo. Pero ello sea dicho sin menoscabo de los valores específicos de su literatura. Porque justo es reconocer que poseyó también aptitudes singulares para la narrativa, que hicieron de él un escritor de buena ley, hábil en el retrato humano y en la pintura de ambiente, capaz de transmitir con igual fuerza los matices de un alma que los de un paisaje, pese a las diversas observaciones que cabe formular a su estilo —desaliño, imprecisión, y hasta mal gusto a veces— si se le juzga desde un punto de vista estrictamente artístico.

Los veintiocho años transcurridos desde la muerte de este autor han ido estableciendo la necesaria escala de valores dentro de su irregular y vasta producción. Y así podemos darnos cuenta ya de cuál es la parte que perdurará de su obra y cuál la que ha pagado —o está pagando— su tributo al tiempo.

Hay por lo menos tres libros de Viana —«Campo», «Gurí» y «Gaucha», en este orden— que han mantenido su vigencia hasta hoy con gallardía. Y es justo que así ocurra, porque los tres figuran entre lo más importante que produjo en el Uruguay la escuela naturalista. Y pese a haber envejecido mucho en su aspecto literario —hoy anda la narrativa caminos muy distintos a los de aquella época—, conservan íntegro su valor como reproducción de tipos y de ambientes, al punto de que todo aquel que quiera tener una idea acabada y fiel de cómo era nuestra campaña en las postrimerías del siglo XIX, no podrá encontrar otra fuente de información más auténtica y veraz que las obras referidas.

Javier de Viana ha sido injustamente olvidado por las nuevas generaciones intelectuales del país, demasiado influidas por los preceptos de la última moda literaria. Pero el pueblo lo recuerda todavía y continúa leyéndole con el mismo entusiasmo de hace un cuarto de siglo. Y ese es el más seguro indicio de que su obra seguirá viviendo, por mucho que se empeñen en ignorarla o desdenarla el «snobismo» y la novelería. Porque las modas literarias pasan —cada vez más de prisa—, y el pueblo, indiferente a las evoluciones formalistas del arte, mantiene inalterable su fidelidad hacia quienes, de una manera u otra, han sabido acercarse hasta él, sentir su pulso vivo y alimentarse de su inmortal substancia.

SERAFIN J. GARCIA

